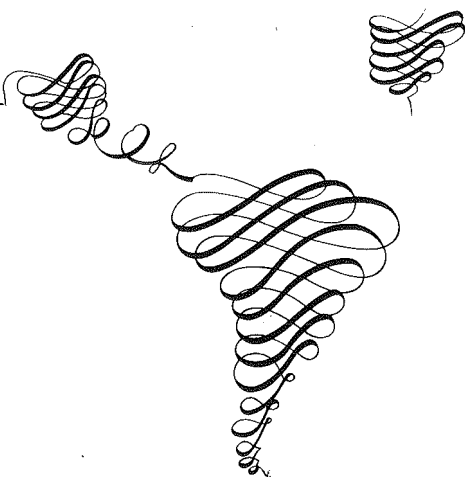




Elecciones: de la precariedad a la incerti- dumbre

A nadie ha sorprendido la convocatoria anticipada de elecciones generales. Hasta el día de Pascua, **Felipe González** se empeñó en negar la necesidad imperiosa de disolver las cámaras, pero al día siguiente terminó reconociendo, aunque demasiado tarde, la evidencia. La tercera legislatura socialista estaba agotada desde finales de 1992. El país vivía en un estado de provisionalidad política calamitoso, en una crisis sin recetario para resolverla, en la increencia política, en reino de nadie, como fuera del tiempo real, en expectativa de algo.

La provisionalidad preelectoral

EL Gobierno estaba desconcertado por la magnitud de la corrupción descubierta, por los enfrentamientos en el seno de su partido, porque su grupo parlamentario pactaba en contra suya la Ley de Huelga con los sindicatos, porque le desbordaban los problemas y ya no le salía casi nada bien, porque le escocía la creciente desafección

popular que le revelaban las encuestas. Causaba pena contemplar la decrepitud de su credibilidad: o habían quebrado sus convicciones o no se atrevían a mostrarlas. El deterioro que sufría era progresivo y, cada semana que pasaba, los augures les restaban diputados o senadores en favor del PP o de IU. El Gobierno no había sobrepasado su fecha de caducidad y todo lo que podía ofrecer al país era ineficaz, cuando no contraproducente.

Al Gobierno le faltaban hasta las últimas defensas: nuestra entrada en la Europa de la primera velocidad se había convertido en el justificador universal de todos los sacrificios impuestos a los españoles y en el signo definitivo del éxito o fracaso de la política felipista. Al final de la Cuaresma, parecía ya claro que, por una parte, los europeos no movían demasiado los dedos por atenerse al calendario de Maastricht (ninguno de los Doce cumple las cinco condiciones básicas y deberán cumplirlas al menos seis) y que, por otra parte, era prácticamente imposible que España, con el 20 por 100 de paro, pueda cumplirlas antes del 1 de enero de 1997. La provisionalidad de la construcción europea transfería provisionalidad a nuestro Gobierno.

LOS otros partidos y el conjunto de la sociedad vivían en una especie de **memoria prófuga del futuro**: los líderes del PP, enfervorizados por el clima de su congreso y por los buenos augurios de las encuestas, se veían ya en el Gobierno; IU, segura de su fuerte ascenso, se mostraba rotundamente contraria a avalar con su cooperación la política liberal nefasta del futuro Gobierno. Los partidos nacionalistas dejaban entrever que impondrían condiciones para conceder su apoyo parlamentario. Los empresarios, tanto de la CEOE como de la CEPYME, expresaban su nula confianza en el Gobierno y, por boca de **José María Cuevas**, aseguraban que «el Gobierno que salga de las urnas, sea del color que sea, no tendrá nada que ver con el actual»; los periódicos eran un hervidero de diatribas o defensas numantinas; los procesos pendientes y las sentencias se percibían como mazazos que harían tambalear las columnas del país.

*Para ningún país es nunca bueno vivir en la provisionalidad, bajo un Gobierno debilitado e inerte. En los últimos meses ni han invertido los empresarios ni ha llegado dinero extranjero, ha caído la producción y no disminuyen los **stocks**; una progresiva atonía se ha apoderado de España. Hemos pasado de ser el país que más crecía a ser el que más mengua y, lo que es peor, a estar carentes de esperanzas razonables.*

Felipe González dejó pasar demasiado tiempo en el deterioro y la provisionalidad, antes de convocar elecciones. Y ello debe cargarse en el debe del presidente. Pero ¿en qué ha cambiado la situación esta tardía convocatoria de elecciones?

Lo que las elecciones clarifican y lo que embrollan

● *La clarificación más importante es que el **felipismo** es casi un antípoda del socialismo clásico. Los sindicatos han sido certeros en señalar que una de las primeras intenciones de González al disolver las cámaras ha sido evitar que se aprobara en el Senado la **Ley de Huelga** en los términos en que el Partido Socialista y los sindicatos pactaron y que, en aspectos tan decisivos como los piquetes y los servicios mínimos contradecían la manifestada opinión del presidente. Es prácticamente imposible que el actual proyecto tenga futuro, sea cual sea el resultado de las elecciones: o no habrá Ley de Huelga o, si la hay, garantizará mucho mejor los derechos de los ciudadanos y de los no huelguistas.*

● *La segunda clarificación es que Felipe, en su enfrentamiento con el aparato del PSOE, ha echado mano de los recursos que le confiere su cargo de presidente y así, al parecer, se ha impuesto al partido. Las embestidas, los amagos de dimisión, los enfrentamientos más o menos con los guerristas, se han saldado con la enésima exaltación del candidato-presidente-secretario general.*

Pero las elecciones embrollan también muchas cosas que este país necesita clarificar con urgencia. En primer lugar, el asunto FILESA será minimizado por la misma barahúnda

de las elecciones y porque, al perder su condición de aforado uno de los presuntos procesables, probablemente, las actuaciones serán trasladadas al juez natural, con la consiguiente desactivación publicitaria. En segundo lugar, quedan paralizados hasta treinta y dos proyectos de ley, algunos tan decisivos como los de Autonomía del Banco de España, Reforma del Código Penal, Ordenación del Sector eléctrico, plantillas de las Fuerzas Armadas, y, sobre todo, el ya citado de Ley de Huelga.

La perplejidad electoral

***L**AS elecciones del 6 de junio se presentan bajo el signo de la perplejidad, en grado muy superior al habitual.*

● ***En primer lugar, los límites de los espacios electorales se han hecho más difusos:** la mayor parte de los ciudadanos ha perdido referencias ideológicas; ha mimetizado la ideología del beneficio, entronizada por los dirigentes, y en este ámbito todos los gatos son pardos, un partido se solapa con otro y ya no se juzga el modelo de sociedad, más solidaria o más desregulada, que cada partido propone, sino la eficacia de la gestión. Esta desideologización ha hecho posible un fenómeno hasta ahora infrecuente: el trasvase directo de votos desde el PSOE al PP, fenómeno que claramente detectan las encuestas.*

● ***En segundo lugar, en las elecciones de junio se expresarán más rechazos que las adhesiones:** el incremento de votos de IU y PP habrá que analizarlo más como castigo al PSOE que como adhesión positiva a Izquierda Unida o Partido Popular. Inversamente, el PSOE recibirá muchas papeletas de gentes que lo detestan, pero detestan mucho más al PP.*

● ***En tercer lugar, existe un sentimiento difuso de que las elecciones no servirán para nada, ya que los cambios no pueden ser de tal magnitud que modifiquen de inmediato la realidad. Este estado de opinión se traducirá en un incremento notable de la abstención y en la dispersión ineficaz del voto.***

La incertidumbre postelectoral

CUALQUIERA de las previsiones de probables resultados electorales siembra dudas e incertidumbres sobre la gobernabilidad del país.

— Si el PSOE volviera a ganar por mayoría absoluta (hipótesis muy improbable), habríamos vuelto al punto cero de la víspera de Pascua. Las mismas personas, los mismos problemas, la misma carencia de ilusión y perspectiva. Y además, se acentuaría la sensación de prepotencia socialista y el complejo masoquista de los ciudadanos.

— Si el que obtiene la mayoría absoluta es el PP (hipótesis poco probable, pero posible), las perspectivas son oscuras: gran parte de las medidas que tomara el Gobierno —aun aquellas que fueran mera aplicación de normas socialistas— tendrían que enfrentarse duramente a los sindicatos, que ahora actúan casi siempre con guante blanco. Las huelgas generales serían verdaderamente tales y no meras ritualizaciones para enseñar los dientes.

— Si el PSOE vence por mayoría relativa (hipótesis probable), la situación será más incierta y peor que la actual; con menor fuerza parlamentaria, tendrá que buscar apoyos en IU, en el PNV o en CIU. Todos estos apoyos tienen un precio: el de IU es que Felipe prescinda de Solchaga y cambie radicalmente su política, precio que González en ningún caso puede pagar; el de los partidos nacionalistas puede maniatar al Gobierno con exigencias de autogobierno que entrarán en colisión con el marco mínimo de solidaridad que ha de ser el Estado.

— Si es el PP el que obtiene mayoría relativa (hipótesis probable), sus posibilidades de formar un Gobierno estable serían muy inferiores a las que, con los mismos diputados, tendría el PSOE, ya que, además de las dificultades extraparlamentarias, en la práctica carecería de apoyos parlamentarios.

En definitiva, «ni contigo ni sin ti tienen nuestros males remedio». Con mayoría absoluta del PSOE, el país será gobernable, pero con anemia generalizada; con una mayoría absoluta del PP, se podrá legislar con facilidad pero gobernar muy difícilmente; con mayorías relativas, la gobernabilidad del país es una absoluta incertidumbre.